

Currito, el santanderino.

Samont H.



Capítulo 1

EXTRACTO DE LA NOVELA: ***La probabilidad, el albedrío o las barajas.***

<http://www.megustaescribir.com/obra/64381/la-probabilidad-el-albedrío-o-las-barajas>

CURRITO, EL SANTANDERINO

A medio día las industrias operaban a buen ritmo. Una mezcla de olores hacía pesado mi trayecto. Estaba muy cerca de la fábrica y ni rastros del Faro I, así se llamaba la embarcación. Y, ¿por qué ese nombre?, le pregunté un día a mi padre, y él como quien medita sus palabras apuntó, porque le guiaba. Me sentí descontento. Esperaba más como respuesta. ¡Ah!, exclamé, es verdad. Y pasamos a otro tema.

En plena puerta de la industria pregunté a unos operarios por mi padre o la embarcación: nadie vio nada. Confirmé mi error. Desde lejos, la Máncora IV era similar al Faro I. Cuantas veces comenté a papá que pusiese una banderola como distintivo en lo alto de la pluma para diferenciarla y nunca me hizo caso.

—Hola Gabriel, ¿eres tú, pequeñín? ¡Joder!, en pocos meses has crecido.

Era Currito, el santanderino Francisco Macaya, un viejo canijo, rubio, de melena larga, lacia y muy bonachón. Un quepí marinero, de piel azul, prolongaba por siempre su cabeza. En el bulo pesquero se decía que no se lo quitaba ni para ir al puterío. Se dedicaba a zurcir las redes dañadas de los barcos después de sus faenas.

—Hola Currito, a los tiempos. Me alegra verte. ¿Dónde has estado? No te he visto por el puerto en meses.

—Trabajando en Chimbote. Una pesquera española me contrató para remendar sus redes, pero ya terminé. Echaba de menos al pueblo, aquí hay vida.

—Y te queremos.

—¡Gracias!, lo sé. Y dime, ¿has venido a ver a tu padre? No lo he visto ni lo he escuchado por radio. Mañana seguro que viene. Y dime, ¿cómo está Amanda? ¿Está mejor?

—No, Curro. Ya no se levanta. Marta y Carmen se ocupan de ella todo el día, y yo en lo que puedo con las compras y un poco más.

—Los años, hijo, la edad no perdona. Mírame a mí, guerreo conservarme en pie. El vino y las mujeres me mantienen vivo —soltó una risa pendenciera.

—¡Caramba, Currito!, tú sí que no cambias.

—Pero la mujer que más me gustaba era tu abuela. ¡Aquellos años hermosos!, ilos de antes! Con tu abuelo vinimos en la misma embarcación. Y desembarcamos en este puerto. Estas industrias no estaban y el pueblo no era lo que es ahora.

—Ya me lo has contado, Curro.

Intervine un poco celoso.

—Amanda era una morenaza guapa, qué garbo al caminar; no le fue difícil buscarnos un cobijo porque estaba en las juventudes comunistas. Pero tu abuelo se me adelantó. Cómo sufría cuando la detenían.

—Estás perdiendo la cabeza. Me lo habrás contado unas diez veces. Y no me recuerdes esa parte, por favor.

Mi abuela nunca me habló de su juventud política. Me enteré por mi cuenta: en pueblo pequeño, infierno grande, reza el dicho.

—Bueno, muchacho, no te molesto más. Dale un beso a Amanda de mi parte, ¿vale? Por mis lindos recuerdos y por lo agradecido que siempre estaré con ella. ¿Me lo prometes?

Sentí que lo dijo con nostalgia. Y respetando su pasado y su deseo fui grato con él.

—Te lo prometo Curro, palabra de un amigo, échame esas cinco.

Nos dimos la mano y él regresó a sus redes y yo de camino a casa.